



“XI. Alimentación de los antiguos mexicanos”

p. 207-216

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo III. Herencia cultural de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: (día mes año)

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html (corresponde con la página donde se aloja la publicación digital)

Los datos correspondientes a la fecha de la publicación en línea y a la liga serán puestos por la persona responsable de publicar el material en el sitio web.

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

hicieron sucesivamente el cuerpo de los seres humanos, y también los alimentos que pusieron a su alcance, en cada edad cósmica.

Después de varias creaciones y restauraciones de esos soles y edades, en la última de ellas —la llamada de *Nahui-Ollin* o 4-Movimiento— los seres humanos fueron hechos de maíz. Y también el benévolo señor Quetzalcóatl decidió entonces poner en sus bocas granos del mismo cereal del que estaban formados. Por eso, uno de los nombres con que se conoció al maíz fue *tonacayo*, que significa nuestra carne y nuestro sustento.

En sí mismo es el maíz un ser divino, manifestación amorosa de Nuestra Madre, Nuestro Padre, que quieren ser adorados por los hombres en las fiestas rituales a lo largo del año y de todos los tiempos. Dieciocho veintenas de días y cinco días más al final integraban la cuenta del ciclo anual del Sol. En cada veintena había una gran fiesta. Se desarrollaba así la liturgia de adoración y merecimiento para alcanzar nuestro sustento: *tonacayo*.

Es él Cin-téotl, “Dios del Maíz” y a la vez Xilonen, “Diosa de la mazorca verde”, la de nombre calendárico *Chicomecóatl*, Siete-Serpiente. Bellos y jóvenes son Cintéotl y Xilonen. De él se proclama en un canto:

“Nació Cintéotl en Tamoanchan, lugar de nuestro origen, donde se yerguen las flores: Uno-Flor.

Nació Cintéotl en lugar de lluvia y niebla, donde son hechos los hijos de los hombres, en donde están los dueños de los peces de jade”.⁸

Aparece también Cintéotl entre los mayas como joven hermoso, Ah Kahuil, “El de la abundancia de nuestro sustento”.

Xilonen, *Chicomecóatl*, por su parte, es invocada como Nuestra Madre que, si nos abandona, nos dejará desamparados:

Siete mazorcas, *Chicomecóatl*, yérguete, ya,
despierta, en verdad Nuestra Madre.
Nos dejarás huérfanos,
si te vas a tu casa, Tlalocan,
mansión de la lluvia,
Siete Mazorcas, yérguete ya,
despierta, en verdad Nuestra Madre.⁹

El ciclo litúrgico giraba siempre en torno a la divinidad que, manifestándose con múltiples rostros, otorga la fecundidad y la vida. Así en la segunda de las fiestas, *Tlacaxipehualiztli*, en honor de Xipe Tótec,

⁸ *Códice Florentino*, op. cit., v. I, libro II, f. 142r.

⁹ *Ibid.*, v. I, libro II, f. 143r.

